

da y comprendida y hasta aceptada la idea, legislamos y definimos que nos hemos tomado ya bastante trabajo y que no es cosa de laborar más. Si alguien nos excita o impele, nos hace sonreír y recibe esta réplica: "No lograréis nada." Tratad de convencerle diciendo: "Si os unierais a mí en acción, como afortunadamente lo estáis en espíritu, la empresa daría un paso más." He aquí su respuesta: "Seríamos dos en vez de uno que no lograríamos nada."

¿Comprendéis ahora por qué toda labor cultural o de regeneración es tan lenta y estéril en España? A un cerebro así organizado, ¿de qué manera le convencerán las cifras y los datos y las citas? Llorará, si tenéis elocuencia; aplaudirá, si cerráis un párrafo brillante con un cohete; asentirá si le aduláis o por casualidad afirmáis una idea que ya tenía él en la cabeza o la presentía tener; mas esperar que ese pueblo realice, de vida, lleve a cabo lo que como bueno exponéis, es no conocer a ese pueblo. Por eso yo digo que es el pueblo del **Amén**, del cabezazo, del **Ora pro nobis** y de las palmas; sobre todo del **Amén**. Con decir a todo **Amén** ya pagó su deuda. Yo creo firmemente que tales almas se hacen el siguiente raciocinio: "Ese hombre está suficientemente pagado. Fui a escucharle, le aplaudí, le felicité, lloré, reí, comprendí que tenía razón, ¿qué más puede pedirme?" La inteligencia sana jamás se detiene en su concepción de la idea ni en su examen; siente una necesidad ineludible de transformarla en realidad, de convertirla en cosa; pero la inteligencia española se duerme en su primera victoria. Por ello Goethe no nació en España, ni Wágner, ni George. El apostolado en España es un género de fracaso al que nadie confía sus ideas por no exponerlas a la vergüenza de que los demás las llamen andariegas. La idea, como la mujer, en casa y con la pierna quebrada. **Amén.**

* * *

Si algún día mi alegre y vagabunda patria vuelve, como don Quijote, a su sano juicio, ha de componer una maravillosa narración con la de sus andanzas y bobaliconerías. Entre las muchas enfermedades que padecemos, las hay tan graciosas que no me explico la razón de no poseer en la fauna y flora literarias de España un humorista de primera fuerza. Figuraos un diablillo de esos en nuestro amado solar, solar por la herencia y lo vacío, y tendríamos risa sempiterna. Porque vamos a ver: ¿conocéis en España muchas personas que tomen en serio su destino o el de su patria? Abrid un periódico ilustrado y prescindid de los monos—toreros, reyes, procesiones, inundaciones y criminales—; lo que resta son artículos y monigotes de guasa, de burla, de chunga, de **pitoreo**.

La crítica filosófica toma entre nosotros la forma de broma, cierta clase de ironía burda que consiste en juzgar las cosas del cerebro con el estómago y en llenar con el páncreas las neuronas. Uno de esos críticos busca asunto; ¿creéis que lo eleva de tono, que juega artísticamente con él y compone una pieza mordaz a través de cuyo picado podéis reflexionar profundamente y educaros? No, por Dios. Lo coge, lo enloda, lo sume en mosto, en turba, en rancho, en grasa, y os lo sirve riendo. Poseen los ingleses el **humour**; los franceses, el **esprit**; nosotros el arte de hacer cosquillas. No pasamos en nada ni por nadie de la piel. Tenemos en el lenguaje dos modismos: a ras de tierra y a flor de piel. Abandonamos lo que cuesta trabajo a los extranjeros y escogemos siempre la mejor parte. Nos hacemos esta profunda reflexión: Ya nos aprovecharemos de lo que inventen otros. Otras veces nos decimos solemnemente: Las circunstancias se encargarán de provocarnos. Si esas circunstancias no llegan, tomamos pacíficamente el sol, que según los sabios modernos